

MELANITA Y AKULINA

## MELANITA Y AKULINA

Aquel año cayó temprano la Semana Santa. Los viajes en trineo apenas acababan de terminar; la nieve cubría aún los patios y los arroyos formados por el deshielo corrían por la campiña.

En una callejuela, entre dos corrales se había formado una charca, y dos muchachas de dos casas distintas se encontraron junto á la orilla. Una de ellas era pequeña, la otra de más edad. Vestían el traje de los días de fiesta, azul la más chica y amarillo con dibujos la mayor. Ambas llevaban su pañuelo anudado sobre la cabeza.

Al salir de misa habían corrido á la charca, se enseñaron recíprocamente sus vestidos y se pusieron á jugar. Querían divertirse en hacer chapotear el agua.

Como la más joven pretendiera entrar en el charco con sus botinas nuevas, la mayor le dijo:

— No hagas eso, Melania, porque tu madre te va á reñir. Voy á quitarme las botas y tú debes hacer lo mismo.

Las niñas se descalzaron y entrándose por en medio del charco fueron al encuentro una de otra.

A Melania llególe el agua hasta los tobillos.

— Esto — dijo asustada — está muy hondo, Akulina; tengo miedo.

— No tengas cuidado — repuso la otra. — No creas que la charca será más profunda en ninguna otra parte. Ven derecha adonde estoy.

En el momento en que se aproximaban dijo Akulina:

— Cuidado, Melania, con salpicarme. Ve más despacio.

Mas apenas hubo hablado, cuando Melania dió un mal paso y salpicó la falda de Akulina.

Y no sólo fué la falda sino que la salpicadura llegó hasta la nariz y los ojos de la muchacha.

Al ver su ropa nueva manchada se enfadó contra su amiga, increpándola á voces y corrió adonde estaba aquélla, con ánimo de pegarle.

Melania tuvo miedo; vió que había obrado mal, y salió rápidamente de la charca, corriendo hacia su casa.

En este momento pasaba la madre de Akulina,

la cual al ver manchados el jubón y la falda de su hija gritó:

— ¿Dónde te has ensuciado el traje, mala pécora?

— Melania me lo ha salpicado de propósito.

La madre de Akulina alcanzó á Melania y la castigó dándola dos torniscones. La muchacha entonces alborotó con sus gritos toda la calle, lo que oído por su madre la hizo acudir precipitadamente.

— ¿Por qué pegas á mi hija? — preguntó al mismo tiempo que increpaba á su vecina.

La querella se envenenaba. Las mujeres iban á agarrarse por los cabellos. Los mujiks salieron de sus casas y la gente se aglomeró en la calle. Todo el mundo gritaba á la vez y nadie escuchaba á su vecino. Se injuriaban, era inminente una batalla, cuando una vieja, la abuela de Akulina se lanzó entre los mujiks para hacerles entrar en razón.

— ¿Qué estáis haciendo? — preguntó. — ¡Y en un día tan señalado! ¡Pecar de ese modo cuando deberíais estar llenos de contento!

De poco ó nada sirvieron sus razones, y á poco no la derriban. La anciana no hubiera podido apaciguarles sin Akulina y Melania.

Mientras las mujeres se insultaban, Akulina había limpiado su falda, volvió corriendo á la charca,

cogió una piedrecita y con ella agujereó la tierra para que el agua se escapase por la calle.

Cuando estaba en esta operación, se le acercó Melania y armada de un palo la ayudó á terminar su obra.

Ya los mujiks comenzaban á golpearse cuando el agua escapándose por la abertura practicada, llegó al sitio en que la anciana trataba de separar á los irritados campesinos. Las muchachas saltaban por ambos lados del arroyuelo.

— ¡ El agua corre más que nosotras, alcánzala Melania, — gritaba Akulina.

Melania quiso también decir algo ; pero el exceso de alegría le cortó la palabra.

Las dos niñas seguían corriendo y reían al ver sumergirse de vez en cuando en el arroyuelo el palo que les sirviera para romper el borde de la charca.

Así llegaron hasta en medio de los labradores. Entonces la anciana, al verlas, gritó :

— ¡ No teméis á Dios, mujiks ! Precisamente á causa de estas muchachas habéis comenzado á pegaros y ellas lo han olvidado todo hace tiempo y siguen jugando tan amigas como antes. Esas niñas son más sensatas que vosotros.

Los mujiks miraron á las muchachas y se aver-

gonzaron de su conducta. Burláronse de ellos mismos, y aprovechando aquella oportuna lección, cada cual se volvió á su casa.

« Si no sois como niños, no entraréis en el reino de los cielos.